

Tres cuentos

Orlando Ortiz

Deslumbramiento

Comenzó a buscarla porque sintió que le estaba coqueteando. Pero cuando la tuvo frente a él quedó paralizado. No supo qué hacer.

Se le metió por los ojos y sintió que sus pupilas no bastaban para comprender y aprehender tanto esplendor.

Era muy hermosa. Perfecta.

Cerró los ojos. Sus dedos la recorrieron lentamente. La sintió viva, y sintió que esa vida penetraba por sus yemas, le achicaba la sangre y le llenaba de blandas esferas la laringe.

Una como savia nueva rasgó sus esclerosados vasos e hizo resucitar un vigor sepultado por la rutina y el mecánico oficio sin beneficio. Un vigor que le estalló en los párpados cerrados y se la devolvió plena, en un trasfondo de terciopelo endrino.

Comenzaron a rondarlo asomos perversos pero se dijo que no hacían falta. Golpearla, retorcerla, fingir que la asfixiaba no la harían brillar más, ni incrementarían la intensidad de sus percepciones. Tampoco podrían sustituir aquella tersura lábil que llamaba a recorrerla y disfrutarla una y otra vez, sin tregua.

Sintió que debía paladearla. Su lengua le extrajo líquidos aromas y vaporosos sabores. Jugos insospechados bañaron sus pupilas, se le aferraron al paladar y le inundaron la garganta de agri-dulces ansias, de insospechadas sonoridades que gustó con apremio...

Entonces su boca la chupó, la mordió, la gritó para sacarle todos sus ecos y alcances, y se metió en ella para gustarla con todos los sentidos abiertos y dispuestos.

Después la hizo murmullos, balbuceos sutiles y apenas audibles. Ella se dejaba hacer y sus expresiones de gozo y satisfacción eran sinceras. No podría haber fingido lo que él estaba viendo y sintiendo.

Por primera vez en su vida creyó entender las inquietudes de Flaubert.

Era una frase perfecta. La más bella que jamás hubiera escrito. Habían sido décadas de ejerci-

cio, de oficio, de fatigas, afanes y búsqueda, pero finalmente la había logrado. Era suya. Nadie podría disputársela.

Nadie.

Los secretos y las intimidades de aquella hermosa frase le pertenecían por completo.

Quiso gozarla de nuevo.

Lo hizo y no pudo refrenar el impulso de hacerlo otra vez.

Y otra.

Después —aunque sea lugar común decirlo—, al borde del llanto, comenzó a tacharla.

Todo —cualquier palabra, toda oración— desmerecía a su lado.

Siguió tachando.

Nada se veía bien después de ella. Si la dejaba ahí, le habría sido imposible escribir más nada. Hubiera tenido que cambiar de oficio.

Hizo pedacitos el papel y comenzó a borrarla también de su cabeza.

Ayer pude comprobar...

... que tú me fingías, después que me juraste que no lo querías, cantaba José Feliciano y se oía por buena parte del tianguis semanal, escurriendo ríspida la tonada desde los enormes baffles oscuros hacia oídos que soslayaban las fallas naturales en toda copia pirata, pero a buen precio y en general aceptable, dirían algunos en tanto husmeaban en los montones de ropa usada traída del otro lado, o las mujeres haciendo sus compras diarias de verduras, carnes, o aprovechando para entrarle con fe a las garnachas, o apartando con la marchanta que vende en abonos el conjunto que le gustó para llevar a los quinceañeros de su sobrina, o figando a ver si localiza algo bueno, bonito y barato, para la mesita de centro de la sala, o una batería que siempre ha soñado en la cocina, por completo ajena a los tipos que van de un lado a otro del mercado, con la mirada alerta, los dedos prontos y los pies en guardia por si es necesario echarse a correr con el monedero en las manos que esa vez no fueron sutiles o alguien lo vio, Ramón la ve, los ve, la sigue, los sigue, sintiendo la barriga contrahecha y en la boca el gusto a celos rabiosos, después de que sí le creyó, confió en sus juramentos y le dio todo, todo al mismo precio, marchanta, puede levantar lo que le guste, pura calidad de importación, lo mejor es que no hay tanta gente a esa hora y puede seguirlos entre los puestos que hacen de las suyas en las viejas callejuelas del centro con marcas piratas entre comestibles, ferretería y tlapalería y más piratas la película cuando iban al cine y se daban sus buenas fajadas para luego meterse al hotelito de aquí cerca y coger hasta el amanecer diciéndose cosas bonitas, buenas y baratas, buenísimas, señito, como usted las puede ver y yo le ofrezco calidad y precio mejor que en los grandes almacenes, ábreme las venas, quiero desangrarme hasta que me muera de celos y rabia la muy puta y fruta de la mejor, joven, mamey, papaya, piña de lo mejor, más dulce que el cielo la papaya, el mamey caladito para que no le digan y vaya a lo seguro, güerita, pruebe y mire qué plátano el mío y le ofrezco una probadita, no se quede con el antojo, pruébelo y sienta lo que es calidad importación, al mismo hotel van, la muy puta y el que se la tiraba antes que Ramón y había olvidado ya, le dijo, le dice a sus marchantas que está en oferta toda la fruta, pase y pruebe antes que se acabe, señito,

si yo todo lo que has querido yo todo te lo he dado expulsan los baffes que han quedado atrás, apárteme esa mano de plátano, aquí se lo guardo ya es suyo ¿y el mamey?, se lo calo, güerita, se lo calo dice el marchante y quiere cumplirle a la clienta pero no encuentra la hoja que usa para rebanar, calar, cortar, péreme tantito pero el correr de la gente morbosa es más fuerte y la curiosidad se precipita hacia la entrada de ese viejo hotel de paso, donde la hoja para calar, cortar, rebanar la vida de ella que se desangra y Ramón hincado a su lado le pregunta por qué te burlas de mí, amorcito mío, aunque ya no se oiga Feliciano, ahora es un acordeón efervescente, un vallenato...

No sé si decírselo

mejor te lo cuento fuera del aire, ¿sí?, porfis, Porfis, ¿te diste cuenta? Se oyó como verso, aunque no siempre, no a todos puedes en verso pero tu nombre, sí, ya sé, que no me desvíe pero es que no ¿cómo te diré?, como que una tiene que, para darme valor, porque lo que te digo que pasó la semana pasada estuvo grueso y todavía me da coraje, ¿me explico?, de plano me malvibró porque, bueno, ya te dije que pronto me caso con Rafis, Rafael, pues, que hasta me pidieron muy formales sus papases y todo y se fijaron fechas y ya está la iglesia apartada, fuimos a las pláticas y ya se corrieron las amonestaciones y todo eso, está listo lo del civil y el salón para la recepción que va a estar súper, te mando la invitación si en serio vas ir, les daría una envidia a mis amigas que uno como tú llegara por ahí de pronto, y lo de que me prometas que sí vas como condición para mandarte la invitación es porque los lugares están contadísimos y sería una lástima que, tú me entiendes, ¿no?, pero sí, ya sé, que no le dé vueltas, bueno, deja te cuento que Rafis, mi Rafis viaja mucho por cosas del trabajo, y hace como quince días fue a no sé dónde aunque yo le dije que no fuera malo, que quería ir a un baile que iba a estar bien chido y desde cuándo teníamos boletos para ir los dos, pero no, que era del trabajo y el trabajo es primero, dijo, como ese que en la primaria nos dicen que lanzó su espada, y se fue sin importarles las ganas que tenía yo de ir, pero de todas maneras fui porque ni modo que se desperdiciaran los dos boletos, y aunque regalé uno yo usé el otro y estuvo padrísimo, pero también allí comenzó la cosa por la que te llamo pa pedirte consejo, y seguro ya te lo imaginaste, pero deja te cuento cómo estuvo todo, porque las cosas iban bien, ni te imaginas, la música, el ambiente, ambientazo, y un chavo que seguro le llamé la atención desde el principio porque no me dejó ni un ratito y yo pa qué te voy a decir que no, si estaba como para comérselo, un bizcochito de a de veras, no te miento, con un trasero macizo y respingado, muy galán, bailaba como ni te imaginas, y en las calmadas me daba unas restregadas que no me quedaban dudas de que la cosa se estaba poniendo dura y ya te imaginarás a lo que me refiero, una no es de palo, digo, sin ofender ni mala intención, porque de veras era un cuero el bizcochito ese, pa que te lo voy a negar y el chiste es que acabamos en el hotel y ni me acordé del otro, no voy a mentirte, con ese bizcocho a un lado y haciéndome cosas que ni me imaginaba, estuvo padrísimo, pa qué más que la verdad, y deja te cuento que me gustó más porque ya cuando nos estábamos vistiendo se me puso chinito el cuero de pensar que me preguntara el teléfono o vaya a pedirme que nos viéramos otra vez, porque hasta allí, ni el nombre nos había-

mos dado, todo había sido así muy natural, como quien dice espontáneo, las puras ganas, o como eso que dicen algunos que se las dan de muy acá, la pura piel, pero deja te cuento que no, me dio un besote de pocas antes de abrir la puerta y no pasó lo que me temía, porque te imaginarás que en ese momento sí se me ocurrió que no iba a decirle ya me voy a casar, no me llames, qué iba a pensar de mí, ¿no? pero la cosa fue cuando salimos al pasillo del hotel, uno de esos hoteles que tú sabes, no te hagas que no sabes de qué te hablo, bien que los has de conocer, uno de esos que solo son para eso pero estaba bien, limpio, y bien, hasta con botellita de champú además del jabón chiquito, pero deja te cuento que salimos del cuarto y qué crees, no, Porfis, nada de eso, no nos encontramos con mi viejo, no, pero deja te cuento que nos vamos topando con otros que también iban saliendo del cuarto y no te imaginas, me dio un coraje tremendo, poco faltó pa que me le fuera encima y le bajara los cachetes con las uñas y le gritara al desgraciado hasta de lo que se iba a morir, me cae, no, deveritas que no, te digo que no era mi Rafis, tampoco mi papá, nel, yo creo que el pobre ya ni se acuerda de estas cosas, ¡era el novio de mi mejor amiga!, y todavía iba besuqueándose con una fulana bien vulgarzota, que ni comparación con mi amiga, que es fina y muy bonita, esta era de plano raspa, o sea que le estaba poniendo el cuerno vilmente a mi mejor amiga, con la que se va a casar también muy pronto, porque ya hasta la tiene pedida formalmente, y deja te cuento que ella, mi amiga, está enamoradísima y lo que es peor, muy ilusionada la pobre, que ni se imagina la fichita con la que se va a casar, un tipejo que le está poniendo el cuerno con una vieja que seguramente acababa de conocer, el desgraciadísimo infiel, pero eso sí no se lo iba a pasar, y pensé en contárselo a mi amiga apenas saliera de allí, le diría ese desgraciado te está poniendo el cuerno, no seas mensa, mándalo a la chi, digo, mándalo a volar, y ni le creas si te dice que son mentiras mías, porque yo lo vi con mis propios ojos, por diosito santo, y no afuera del hotel sino saliendo del cuarto, o sea, eso le iba a decir, pero deja te cuento que me puse a pensar, porque él iba todavía besuqueando a la vieja esa, ni parecía que venían de hacer sus cochinas en el cuarto, iban como noviecitos, muy acaramelados y todo, tú me entiendes, o sea que no había peligro de que él fuera con el chisme a mi Rafis, porque creo que ni me vio por ir fajándole a la vieja esa, pero también estaba canijo decirle a mi mejor amiga lo de que su prometido y casi esposo le ponía el cuerno, porque deja te cuento que mi mejor amiga también es mi cuñada, o sea es hermana de mi Rafis, y esa es mi duda, Porfis, no sé si decírselo, ¿tú qué me aconsejas?